

## **Discurso de bienvenida al cachimbo**

**2001 - 1**

Queridos ingresantes

Comienzan ustedes el día de hoy a formar parte de nuestra Universidad y, como Rector de ella, tengo la honda satisfacción de darles, en nombre de toda la comunidad universitaria, la más cordial bienvenida.

La incorporación de ustedes a nuestra Casa de Estudios nos permite asistir, una vez más, al feliz encuentro que nace de reunir a una institución como la Universidad Católica, sólidamente asentada sobre sus ochenta y cuatro años de historia, con la juventud, y por tanto con el entusiasmo y las energías de los que ustedes son portadores. Este encuentro posee calidades singulares, pues se hace bajo el signo venturoso de la tradición y también de la renovación y constituye en tal sentido la afortunada promesa de la continuidad en el cambio, hecho que se perfila en ese misterioso diálogo de la historia ya vivida con la

novedad, intercambio de la experiencia con el ímpetu creativo, elementos que otorgan a una institución riqueza lograda y también horizontes de superación.

Al mirarlos, hoy encuentro en ustedes el rostro de la diversidad; en efecto disímiles vocaciones, diferentes experiencias vitales, sueños plurales los diferencian, mas por debajo de esa enorme diversidad, que es uno de los sellos de nuestra vida universitaria, es posible asimismo intuir una semejanza fundamental, pues en cada nueva promoción que se integra a nuestro claustro palpita una misma ilusión: la de hacerse definitivamente adultos en nuestro campus, eligiendo para ello el diálogo continuo e intenso con el conocimiento, con la investigación y con la reflexión.

El ingreso a la Universidad, experiencia inolvidable en cada historia personal, marca, sin duda alguna, la conquista de una meta fundamental en la vida de un joven. Ese logro especialmente valioso en la medida en que es el fruto de la constancia, del trabajo y, por qué no, de la postergación de satisfacciones menudas, constituye la recompensa al trabajo tesonero y manifiesta uno de los primeros actos

realizados por ustedes como adultos, si entendemos como signo de la madurez esa disposición para trazarse objetivos duraderos y subordinar a ellos, disciplinadamente y en ejercicio de la propia voluntad, las distracciones y disfrutes que, para el espíritu aún no plenamente formado aparecen a veces como el fin único.

Ahora bien, es importante, que aprendamos desde temprano que sólo han dado un primer paso y que la vida intelectual y profesional que hoy empiezan es un camino sin fin. En verdad, cada meta conquistada es, el comienzo de una nueva aventura; cada punto de llegada constituye en el fondo, sólo un hito en el camino, un derrotero que nos anima a seguir hacia la próxima etapa.

Es por ello que, al tiempo que festejamos hoy el cumplimiento exitoso de la tarea que asumieron ustedes al postular a la Universidad Católica, también nos alegramos avizorando su futuro y en él los pasos que habrán de conducirlos hacia metas más altas. El trayecto que ahora empiezan a recorrer no concluirá, afortunadamente, cuando tengan en sus manos el título profesional que certificará la conclusión de sus estudios. Si su paso por nuestra Casa es verdaderamente

fructífero, como seguramente lo será, habrán en el entretiem­po aprendido que nuestras misiones son inagotables, pues en el mundo que habitamos —maravilloso como es— siempre hay un desperfecto que componer, un sufrimiento ajeno que aliviar, un misterio que develar, una mano necesitada que acoger.

Queridos jóvenes

Deseo aprovechar este primer encuentro nuestro para hablarles de la primera y más elevada misión que tienen ante sí al comenzar a formar parte de nuestra Universidad.

Y quiero hacerlo recordando las palabras con que el poeta Rainer Maria Rilke aconsejaba a un joven amigo suyo. Hablaba él sobre la necesidad de : "*entrar en sí mismo para examinar allí las profundidades de que brota la vida.*" En ese manantial, decía Rilke, el joven «encontrará la respuesta a la pregunta de si debe crear».

Estos consejos dirigidos hace casi un siglo a un aspirante a poeta, valen para todo joven que comience a internarse por los caminos de la vida creativa, sea su vocación las humanidades o las ciencias exactas, las artes o las ciencias jurídicas. Recordemos que, después de todo, nuestro vocablo *poesía* descende de *poiesis*, esa palabra con la que los antiguos griegos designaban el acto de crear.

Los invito, a considerar desde hoy su tránsito por nuestras aulas como una intensa tarea de creación; y en tal sentido a ser actores de una tarea cuyo primer objeto son ustedes mismos. En las lecciones que oigan de sus maestros, en los libros que consulten en nuestras copiosas bibliotecas, en el diálogo amical con los compañeros y amigos que encuentren aquí, hallarán, más allá de la formación profesional, los medios para su mejor cumplimiento como seres humanos. Esa formación, por encima de las diversas especializaciones que hayan elegido ustedes, posee siempre un fondo común: el desarrollo de una actitud despierta e interrogante hacia el mundo exterior, la familiaridad con todas las tradiciones del saber, el sentimiento de viva solidaridad con nuestros semejantes; en fin, la

sensibilidad para ejercer, en cada minuto de nuestras existencias, eso que el poeta Octavio Paz llamó «el olvidado asombro de estar vivos».

Ahora bien, esa sensibilidad, necesario fruto de una conversación con el mundo exterior, con el universo de las ideas y las realidades tangibles, sólo habrá de convertirse en autocreación en la medida en que estén dispuestos ustedes a remitirse a su fuero interior, a esas *profundidades de las que brota la vida* tal como menciona Rilke; interioridades en las cuales todos los datos exteriores se trasmutan en experiencia propia, en sabiduría que crece dentro de nosotros, para así orientar y dar significado a nuestra manera de ser y de comportarnos.

Me he referido hace un instante a su presencia entre nosotros como un tránsito. En verdad, esa palabra denota sólo imperfectamente la experiencia que hoy ustedes comienzan. Pasarán por nuestras aulas, es cierto; pero pronto se darán cuenta de que es igualmente verdadero que el estudiante de la Universidad Católica, desde el primer día en nuestro campus, ingresa a formar parte de una familia de la que no se desligará jamás. La ética, la excelencia profesional y el compromiso

social y humano que forjamos en nuestros años de estudiantes, son lazos que no se disuelven nunca.

Quienes somos sus mayores en esta familia nos sentimos sumamente gratificados por su llegada a nuestros claustros. No se nos oculta que lo hacen en un momento especialísimo de nuestra vida social. Somos testigos de cómo en los asuntos públicos se ha hecho escarnio de la ley y la moralidad; hemos comprobado cuán extenso es el malestar que experimentan los hombres honestos de nuestro país; aparece claro lo inmenso de los retos a los que debemos hacer frente en lo personal y lo social para purificar a nuestra nación y como peruanos elevarnos a la altura ética que la patria reclama de nosotros. Por tal motivo, quizás más que en otras ocasiones, se hace manifiesto que ustedes son promesa y esperanza. Estoy convencido de que esa posibilidad que ustedes encarnan se trocará en plena realidad. La Pontificia Universidad Católica del Perú, su Universidad, está para ayudarlos en este duro pero hermoso proceso.

Queridos cachimbos

Como Rector de esta universidad tengo el enorme agrado de reiterarles la más cálida bienvenida y de invitarlos a honrar el compromiso de excelencia y virtud moral que rige esta Casa nuestra, que ahora es también de ustedes.

**SALOMÓN LERNER FEBRES**

**RECTOR**

**Lima, 9 de Marzo del 2001**